

En cada ejemplar de la colección
Cara y Cruz
el lector encontrará dos libros distintos
y complementarios.

Si quiere leer

**Antología
iberoamericana
de ciencia ficción**

empiece por esta,
la sección «Cara» del libro.

Si prefiere ahora conocer ensayos
sobre el texto y una cronología,
dele vuelta al libro y empiece por la tapa
opuesta, la sección «Cruz».

Antología
iberoamericana
de ciencia ficción

Antología iberoamericana de ciencia ficción / compilación Sofía

González Calvo y Maielis González; -- Editor Fanuel Hanán Díaz. -- Bogotá : Educactiva, 2020.

360 páginas : ilustraciones ; 14 x 21 cm. -- (Colección Cara y Cruz)

Incluye bibliografías.

1. Cuentos latinoamericanos - Colecciones 2. Ciencia ficción - Cuentos 3. Especulación - Cuentos 4. Imaginación - Cuentos

I. González Calvo, Sofía, compiladora II. González, Maielis, compiladora III. Ariza, Julián, ilustrador IV. Hanán Díaz, Fanuel, 1966- , editor V. Serie.

868.9983 cd 22 ed.

A1661742

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Antología iberoamericana de ciencia ficción

D.R. © 2020, Angélica Gorosdicher, Laura Ponce, Luis Carlos Barragán, Camilo Ortega

(Hank T. Cohen), Daína Chaviano, Elaine Vilar Madruga,

Jorge Baradit, Alicia Fenieux, Elia Barceló, Rafael Marín, José Luis Zárate, Gabriela

Damián Miravete, Tanya Tynjälä, Ramiro Sanchiz, Susana Sussman.

D.R. © 2020, Educactiva S. A. S

D.R. © 2020, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 2, Colonia Acacias,

Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual.

La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular con carácter doméstico.

Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado. Marcas y signos distintivos que contienen la denominación.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Primera edición: octubre 2021

Edición: Fanuel Hanán Díaz

Ensayos: Sofía Rhei y Maielis González

Corrección: Marco Cardona Giraldo

Diagramación: María Victoria Mora

Diseño de cubierta: Fernando Buritica

Diseño de la colección: Estudio Pep Carrió

Jefe centro de diseño: Gloria Esperenza Vásquez

Impreso en México - *Printed in México*

ISBN: 978-607-13-1218-1



Antología
iberoamericana
de ciencia ficción



www.normainfantilyjuvenil.com/mx

CONTENIDO

Angélica Gorodischer

El mejor día del año 11

Laura Ponce

La lealtad 47

Luis Carlos Barragán Castro

Relación breve y verdadera de un judyo en los reynos del sur 85

Camilo Ortega (Hank T. Cohen)

Muntag el Magnífico 105

Daína Chaviano

Níobe 113

Elaine Vilar Madruga

Amarás a tu madre por encima de todas las cosas 135

Jorge Baradit

La conquista mágica de América 153

Alicia Fenieux

El caso niña Nina 167

Elia Barceló

Muertos 175

Rafael Marín

Como el paisaje roto 187

José Luis Zárate

Análogos y Therbligs 197

Gabriela Damián Miravete

Huir del siglo 209

Tanya Tynjälä

La coleccionista 231

Ramiro Sanchiz

Los otros libros..... 239

Susana Sussmann

Licencia de cría 277

Angélica Gorodicher

(Argentina)

EL MEJOR DÍA DEL AÑO

—¡Eh! —dijo Trafalgar Medrano—. ¿Ya no saludas a los amigos?

—¿Y vos qué hacés acá? —le pregunté.

Yo, que había tenido que ir al centro, me había corrido hasta la biblioteca Argentina a ver si lo encontraba a Francisco. Que no estaba.

—¿A qué viene uno a una biblioteca? —dijo Trafalgar—. No será a jugar al codillo, ¿no?

Es que uno no espera encontrárselo a Trafalgar en la biblioteca Argentina. Y no es que no sea un buen lector. Lo es, un poco caóticamente.

Aunque él insiste en que hay un rigor lógico, implacable, dice él, en combinaciones como Sófocles-Chandler, K-eternauta y Mansfield-Fray Mocho.

Y cuando salimos, claro, me invitó a un café.

—Acá a la vuelta —empecé yo.

—No —dijo Trafalgar—, vamos al Burgundy.

Caminamos cuatro cuadras casi sin hablar, apurados entre la gente apurada, y nos metimos en el Burgundy. Marcos nos hizo una sonrisa y se acercó.

—Café —dijo innecesariamente Trafalgar.

Marcos me miró entre desolado y burlón: en el Burgundy no sirven gaseosas.

—Y bueno —dije—, café. Pero chico y livianito.

Trafalgar suspiró un si es no es indignado y puso un paquete de negros sin filtro sobre la mesa.

—¿Qué estuviste leyendo en la biblioteca? —le pregunté.

Sacó un papel del bolsillo, lo desdobló y leyó:

— “Tres ensayos sobre el tiempo”, de Mulnö. “Times Time”, de Woods. Y “Réalité et irréalité du temps”, de L’Ho.

—No me digas. Qué sacaste en limpio.

—Que nadie sabe un pito del tiempo.

Marcos se acercó y dejó las tazas, una grande para Trafalgar y una chica para mí, sobre la mesa. Y dos vasos de agua fresca. Me tomé la mitad del mío porque no estaba muy entusiasmada con la perspectiva del café.

—No sé para qué querés andar investigando el tiempo. A mí me parece que lo mejor que se puede hacer con el tiempo es llenarlo de cosas y dejarlo que pase.

—Sí, pero ¿y si el tiempo fuera una cosa y no una dimensión? ¿Y si en realidad no pasara?

—No entiendo —dije.

—Yo tampoco.

—Entonces resignate y andá a la biblioteca Argentina a leerlos a los líricos griegos, como Francisco. Total, los médicos no entienden por qué se enferma y por qué se cura la gente y los electricistas no entienden la electricidad y los matemáticos no entienden el cero. Además, ¿para qué querés vos entender el tiempo?

—Curiosidad nomás —y se quedó callado pero no me engañó.

El Burgundy es un sitio tranquilo, menos mal. Y Trafalgar es un tipo tranquilo. A través de los doce rectángulos de vidrio biselado de la puerta se veía pasar a la gente y uno se preguntaba por qué no se quedaban quietos.

Marcos se vino con otro café doble porque Trafalgar se había tomado el primero de un trago, caliente como estaba y amargo como a él le gusta.

—Marcos —le dije—, algún día voy a escribir un cuento en el que aparezcan usted y el Burgundy.

—¡Por favor no, señora! A ver si el bar se pone de moda y se me llena de gente.

—Difícil. En el mejor de los casos van a empezar a venir mis amigos y mis tías.

—Entonces sí, pero por si acaso no lo publique. —Y se fue.

—Podrías —dijo Trafalgar— escribir un cuento con cada uno de mis viajes.

—Ni loca —le contesté—. En primer lugar los cuentos propuestos por los demás nunca sirven: los cuentos lo eligen a uno, no uno a los cuentos. Y en segundo lugar tus viajes son siempre iguales: te pasan un montón de cosas raras, te le tiras, generalmente con éxito, a la más linda que anda por ahí, ganás pilas de guita, ¿y en qué la gastás? En café amargo y cigarrillos negros y discos de Pugliese. ¿Por qué no te comprás un Mercedes último modelo o te vas a Europa de bacán?

—Es más cómodo un remise y no tenés que pagar seguro ni cochera. Y a Europa voy de vez en cuando. Pero no me interesa mucho.

—Claro. Entre Friburgo y Anandaha-A, vos te quedás.

—Con Friburgo —saltó—. Pero si llegás a ver las catedrales, no son precisamente catedrales pero en fin, hechas de papel que no es precisamente papel, de Tippanerwade III, el gótico te parece una caricatura. Y al lado de los constructores de mausoleos.

—Que tampoco serán precisamente mausoleos.

—Son. Al lado de los constructores de mausoleos de Edamsonallve-Dor los egipcios eran una manada de infradotados, qué querés.

—¿Por ahí anduviste ahora?

—No. Hace como tres meses que no viajo. Llegué de Karperp y me quedé todo este tiempo haciendo fiaca.

—Qué habrás vendido en Karperp no quiero ni pensarlo.

—Instrumentos de música. Cuerdas, nada de vientos ni de percusión. Y les compré toneladas de madera.

—Pobres karperpianos.

—No se llaman karperpianos. Se llaman neyiomdavianos.

Creí que me estaba macaneando, pero me dijo:

—Es un sistema de trece alrededor de una estrella que se llama Neyiomdav, ¿estamos? Cada uno de los trece tiene un nombre distinto, no se llaman Neyiomdav I, Neyiomdav II y así, sino que como acá, cada mundo tiene su nombre, pero los que viven ahí toman el gentilicio de la estrella.

—¿Los de los trece mundos?

—Hay solamente dos que están habitados. Karperp, de donde me habían pedido violines y laúdes y guitarras y cítaras y violas y todo eso, y Uunu, que yo no sabía que estaba habitado.

—¿Cómo no sabías?

—Nadie me había dicho nada. Pero después de entregar los instrumentos y mientras cargaba las maderas, haceme acordar que te regale una caja de madera de esta que puede servir para cigarrillos o botones o esas cosas que a ustedes las mujeres les gusta guardar en cajas. Finita como una tela de araña pero no se puede romper ni con un hacha. Y no se quema tampoco.

—No será madera entonces. Y gracias, seguro que te voy a hacer acordar.

—Es madera. De nada. Mientras cargaba las maderas me quedé unos días en casa de un amigo que vive a orillas de un río en el que se puede nadar, navegar y pescar.

—Vos no nadás ni navegás ni pescás.

—Nadar no me disgusta. Pescar y navegar no me interesa. Pero sí de vez en cuando tirarme al sol y no hacer nada. Él fue el que me habló de Uunu, al pasar. Y me intrigó porque no parecía con ganas de darme muchas explicaciones. Solamente me dijo que ellos no se acercaban porque después les costaba mucho recuperarse. Le pregunté si era insalubre y me dijo que al contrario, que era un lugar muy acogedor, con un clima espléndido, buena gente, paisajes *a piacere* y comodidades para alojarse. No insistí porque la discreción es una virtud en todos lados y supuse que en Karperp también.

Marcos pasó al lado nuestro porque había entrado más gente, y le dejó otra taza llena a Trafalgar. No hice además de pedir más café y eso que la mía estaba miserablemente vacía.

—Te imaginarás —siguió— que ahí mismo decidí acercarme a Uunu y ver qué había para comprar. Así que una semana después, con el cacharro hasta el tope, los neyiomdavianos son tranquilos y no se apuran aunque vengan degollando y tardaron diez días en cargarlo todo, me despedí y me fui. Derecho a Uunu.

—Ganas de meterte en líos.

—Sí, pero al principio me pareció que me iba a quedar en las ganas nomás y hasta pensé que Rosdolleu no sabía lo que decía.

—¿Ése quién es, tu amigo el de Karperp?

—Ajá. Es presidente de una institución, mezcla de ministerio y cámara de comercio y me sospeché que había una cuestión de competencia, porque te aseguro que Uunu era una joya.

—Después descubriste que no.

—Siguió siendo una joya, a pesar de todo. Se portaron como señores, me facilitaron todo, me buscaron un lugar fresco y al reparo cuestión de poder dejar el cacharro abierto y que la madera se ventilara sin necesidad de usar los acondicionadores, una maravilla. Me aconsejaron un hotel ni muy lejos ni muy en el centro, y cuando

supieron que yo era comerciante me consiguieron una entrevista con un capo, Dravato dra Iratoni, que por el nombre parecía japonés pero no era y que me habló al hotel y me invitó a comer a su casa esa misma noche. El hotel era estupendo, cómodo, no muy grande, con habitaciones llenas de luz y color, y baños con todas las chucherías posibles.

—Ché, ¿no podría ir yo a veranear a Uunu?

—No te lo aconsejo.

Saludó a alguien que salía y fumó un rato sin decir nada. ¿Habría café en Uunu?

—¿Había café en Uunu?

—Sí, había. Bueno, relativamente.

—¿Cómo relativamente? O había o no había.

—Había y no había, ya vas a ver. ¿Qué te estaba diciendo yo?

—Que el hotel era regio y que esa misma noche ibas a comer con el japonés.

—Ah, sí. Tenía una casa que reíte de Frank Lloyd Wright. El living se metía en el bosque, o mejor, el bosque se metía en el living, y el comedor estaba suspendido sobre el lago. Pensé, al entrar, que me gustaría vivir ahí.

Claro, al poco tiempo me aburriría, pero por un par de semanas no estaría mal. Y tenía tres hijas deliciosas y un yerno simpático, comerciante como él, y una mujer grandota y sonriente, y él no era tan grandote pero era sonriente. Lo pasé muy bien.

—¿Con cuál de las tres hijas te acostaste?

—Con ninguna. ¿Qué tenés en el mate vos?

—Lo que tienen todos. Y además te conozco.

—Esta vez le erraste fiero. Aunque confieso que no fue mi virtud sino las circunstancias las que me obligaron a la castidad. Comimos una carne muy blanda y muy picante, con una especie de puré de

batatas y una torta de cereales, y tomamos vino. Después sirvieron el postre y ahí fue donde empezó todo.

—¿En el postre?

—Con el postre. Tengo que decirte que la vajilla era de exposición. El dueño de la casa no sería japonés pero los platos y los vasos y las jarras parecían de porcelana japonesa de la más fina, de color amarillo pálido con un borde marrón. El postre llegó servido en cuencos de madera del mismo color del borde de los platos, con una cuchara de madera. Y me lo comí con gusto porque estaba riquísimo. No sé lo que era: unas frutas como nísperos aunque sin carozos, un poco agrias, metidas en lo que parecía agua pero era muy dulce, como almíbar.

—Gran cosa. Yo hago postres mejores.

—No digo que no.

Eso, en Trafalgar, es un elogio.

—Pero esto tenía un gusto muy especial y cuando terminé las frutas me tomé el almíbar con la cuchara. Pasaba la cuchara sobre la madera pulida y a medida que el líquido bajaba yo sentía algo muy raro.

—Gualicho —dije.

No me hizo caso:

—Sentía, despacito al principio y como una patada en el estómago después, sentía que yo ya había hecho ese gesto antes, que alguna vez había raspado con una cuchara de madera el fondo pulido de un cuenco de madera y que...

—Pero oíme, eso nos suele pasar a todos.

—Si lo sabré yo —dijo Trafalgar, y dejó que Marcos retirara la taza vacía y dejara otra llena—, con todos los lugares por los que he andado y todo lo que he hecho. Generalmente no es cierto, nunca hiciste antes lo que creés que estás recordando. Unas pocas, muy pocas veces, sí es cierto, y si no te acordás en el momento, te acordás

después. Pero esto era mucho más intenso, tanto que creí que me iba a descomponer. No oía lo que se hablaba, no veía la mesa, ni las caras, ni las ventanas que daban al lago. No era yo, no era mi memoria, era todo mi cuerpo el que se acordaba del cuenco y del gesto y mirando la madera reconocía hasta las vetas del fondo —sacó un lápiz y me las dibujó en la parte de atrás de una tarjeta que pescó en el bolsillo—. ¿Ves? Y acá hacían una curva para abajo y después subiendo por el borde se hacían finísimas y desaparecían.

Puse la tarjeta parada contra el vaso de agua:

—¿Y entonces qué pasó?

—Nada. Reaccioné como pude y seguí conversando. Tomamos licores y café, sí, porque había café, y fumamos y escuchamos música y ya era más de medianoche cuando el yerno de dra Iratoni me llevó en auto al hotel. Cuando me quedé solo en la habitación volví a acordarme del asunto del cuenco de madera y me puse a pensar como un desaforado, porque estaba seguro, sabía, que alguna vez en alguna parte yo había comido de ese cuenco. No hubo caso. Repasé toda mi vida, me puse furioso, me fumé un atado entero de cigarrillos y no hubo caso. Me saqué la ropa, me bañé, me acosté y me dormí. No —dijo cuando yo abrí la boca—, no soñé con el cuenco ni con las hijas de dra Iratoni. Dormí como un tronco hasta el mediodía. Me desperté con hambre. Pero se me pasó en cuanto me senté en la cama. A propósito, ¿no querés comer un sandwich o algo?

—No. Seguí contando.

—Se me pasó el hambre y el sueño y todo, porque no estaba en la misma habitación en la que me había acostado. Ésta era más chica, cómoda pero no tan alegre, no estaba en un primer piso sino en un décimo o por ahí, no daba a un parque sino a otro edificio alto y no entraba el sol por ningún lado. Me levanté y me vestí ligero y con

desconfianza. El baño tampoco era tan lujoso como el del otro hotel, es decir, yo creía que estaba en otro hotel, pero...

Tenía ganas de preguntarle qué quería decir eso, pero yo sé cuándo se puede interrumpirlo a Trafalgar y cuándo no.

—También tenía sus comodidades. No me paré a bañarme ni a afeitarme. Me lavé, me volví a la habitación y cuando iba para la puerta se me ocurrió la espantosa idea de que me habían secuestrado y la puerta estaría cerrada con llave. Estaba cerrada con llave pero la llave estaba puesta del lado de adentro. La di vuelta con un poco de aprensión y abrí la puerta. Era un hotel, sin duda. Había un pasillo y puertas numeradas de los dos lados. La mía era la mil doscientas cuarenta y siete. Busqué el ascensor, lo encontré, bajé. Doce pisos. El hall era más chico que el otro, más mezquino, como si hubieran querido aprovechar el espacio al máximo.

Aquí hizo una pausa y tomó café y fumó y no supe si decir algo que se me había ocurrido o no decirlo, de modo que me quedé callada.

—Había un conserje relamido que me preguntó: “¿Señor?”.

“Escúcheme”, le dije yo ya un poco con rabia, “yo tomé una habitación ayer en el Hotel Continental; ¿me puede decir dónde diablos estoy ahora?”.

“En el Hotel Continental, señor”, me contestó. Me quedé mudo. “No puede ser”, grité, “la habitación es distinta y esto también”. El conserje seguía muy tranquilo. “¿Qué día ingresó el señor?”, preguntó. Le dije la fecha, día, mes, año y agregué la hora. “Ah, eso lo explica todo”, me largó. “¿Cómo que lo explica todo?”. Tenía ganas de darle un mamporro mientras él revisaba unos papeles. “La habitación ciento treinta y dos no existe, señor, no por lo menos en este momento, porque el primer piso ha sido dedicado a contaduría y oficinas diversas”. Y se puso a atender a dos tipos que acababan de llegar. Pensé seriamente en saltar por encima del mostrador y

romperle la cara, pero, en primer lugar, no iba a conseguir nada con eso y, en segundo lugar, ¿qué había querido decir con que en ese momento por lo menos la habitación ciento treinta y dos, que era la que yo había ocupado el día anterior, no existía?

Decidí tomar otro café y lo llamé a Marcos pero cuando vino le pregunté si me podía hacer un jugo de naranjas y me dijo que sí.

—Entonces me volví a la pieza mil doscientos cuarenta y siete y revisé mi equipaje. Todo estaba en orden; me pareció que todo estaba en orden. La barriga me hizo acordar que era más de mediodía y yo no había comido nada, así que pospuse el problema, bajé, me metí en el restaurante y pedí lo primero que vi en la lista. Y ahí me acordé del cuenco de madera. Otra vez sentí una sensación física de urgencia pero me puse a comer un pescado a la cacerola un poco insulso que me llevaron, y pensé que lo mejor sería ir a lo de dra Iratoni y consultarlo sobre lo que me había pasado. Terminé de comer, no pedí postre, tomé café, salí a la calle y me quedé en la vereda duro como una estatua. Era otra ciudad. Se parecía a Nueva York. Y la del día anterior se había parecido a Welwyn. Peor: los autos eran distintos y la gente se vestía de otro modo. Antes de entrar a asustarme con la posibilidad de no encontrarlo a dra Iratoni, cosa que estaba a punto de sucederme, llamé un taxi que pasaba, subí y le dije al chofer “Paseo de las Agujas doscientos veinticinco”, y a qué no sabés con qué me encontré.

—Mirá, te podés haber encontrado con cualquier cosa: con un cocodrilo en la bañadera, con que el Paseo de las Agujas no existía, con que el chofer era el conde Drácula, yo qué sé.

—El que no existía era el chofer.

Marcos me trajo un jugo de naranja como los que a mí me gustan, sin colar, sin hielo y con muy poca azúcar.